

Fr. Rubén González O.P.



**SAN MARTIN Y BELGRANO
UNA AMISTAD HISTORICA**



**UNIVERSIDAD DEL NORTE SANTO TOMAS DE AQUINO
SAN MIGUEL DE TUCUMAN
1998**

Fr. Rubén González O.P.



**SAN MARTIN Y BELGRANO
UNA AMISTAD HISTORICA**

Conferencia pronunciada por el autor en la sede de la Academia Provincial de la Historia, de San Juan, el 20 de agosto de 1982, con motivo de su incorporación. Fue presentado por el doctor Emilio Maurín Navarro.



**UNIVERSIDAD DEL NORTE SANTO TOMAS DE AQUINO
SAN MIGUEL DEL TUCUMAN
1998**

1era. Edición, 500 ejemplares - agosto 1998

ISBN N° 950-9652-06-7

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

SAN MARTIN Y BELGRANO UNA AMISTAD HISTORICA

Sean mis primeras palabras una expresión de gratitud a las autoridades de la Academia Provincial de la Historia, de San Juan, que han tenido a bien discernirme el honor de contarme entre sus miembros. Con este motivo me corresponde disertar hoy, por vez primera, en la casa natal del prócer sanjuanino Domingo Faustino Sarmiento.

El hecho de encontrarnos en la Semana Sanmartiniana me lleva a presentar un tema que se refiere al Libertador y al más ilustre de sus amigos: el general Manuel Belgrano.

Ambos estuvieron estrechamente unidos en la lucha por la libertad americana y han pasado a la historia nacional como los Padres de la Patria de los argentinos. Su amistad fue, sin duda, un factor de máxima importancia para los destinos de la patria naciente.

A primera vista, se descubre un escaso paralelismo entre sus vidas. José de San Martín nace en Yapeyú, pueblo de las Misiones Guaraníes, muy niño es llevado a España, sigue la carrera militar, regresa después de la Revolución de Mayo, permanece pocos años en el país, si bien son años decisivos y él contribuye, quizá como nadie, a que lo sean, libera Chile y al Perú y va a terminar sus días en Europa, anciano y luego de un prolongado ostracismo.

Manuel Belgrano, en cambio, nace en Buenos Aires, pasa sus primeros dieciséis años en ella, va a España, pero no a consagrarse a la milicia, sino a estudiar leyes y economía, regresa dieciséis años antes de 1810, se dedica a actuar en entidades comerciales y a fundar establecimientos de enseñanza, toma parte activa desde los prolegómenos de la Revolución, es improvisado General y muere joven, sin la felicidad de verla concluida.

El primero es hijo de militar y su vocación y su genio están dedicados a la milicia. El segundo es hijo de comerciante y sus inclinaciones prevalentes apuntan hacia todo lo relacionado con la cultura, el comercio, el progreso espiritual y material de su país.

No obstante estas reales disimilitudes, sus personas, sus vidas, su acción, las circunstancias que los rodearon y, sobre todo, su gran amor a la patria, establecen de por sí un notable paralelismo que va a culminar en su condición común de padres de la nacionalidad.

No puede escribirse la vida completa de uno, soslayando la del otro y sin hacer resaltar las relaciones y la colaboración que mantuvieron en aquellos años, que no llegaron a siete, desde que se conocieron en el norte hasta la muerte de Belgrano, y la amistad sin nubes ni fisuras que trasuntan sus actitudes recíprocas y su nutrida correspondencia.

Bartolomé Mitre, historiador de ambos, cual otro Plutarco, da el título de *Belgrano y San Martín* al capítulo veinticuatro de su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*; y en el capítulo cuarto de su *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, escrita con posterioridad, vuelve a tratar el tema, con el aporte de nuevas apreciaciones. Todo el capítulo XII del primer tomo de la *Historia del Libertador Don José de San Martín*, de José Pacífico Otero, está dedicado a ambos héroes. En las demás biografías, como en la de San Martín de Galván Moreno o la de Belgrano de Mario Belgrano, se trata este punto de acuerdo a su respectiva extensión.

Pero el tema de amistad, como tal, entre los dos próceres, no lo encontramos sino en escritos recientes.

En la conferencia que Carlos A. Courtaux Pellegrini pronunció en Buenos Aires el 17 de agosto de 1943 sobre *El General San Martín y la amistad*, figura en primer término la de Belgrano, seguida de las de Pueyrredón, Guido y Aguado. En ese mismo año se publicó en Santiago de Chile un libro del escritor Wolfram Dietrich titulado *Belgrano y San Martín (La revolución en Sudamérica)*.

El 17 de agosto de 1944 Mario Belgrano trató el tema en una disertación pronunciada en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires que lleva el título *San Martín y Belgrano* publicada el año siguiente. El 24 de agosto de 1959 José Torre Revello ingresaba en el Instituto Nacional Sanmartiniano disertando sobre *La amistad de dos héroes: San Martín y Belgrano* y en 1974 Raúl S. Martínez Moreno publicaba en San Miguel de Tucumán un breve trabajo titulado *La*

amistad de San Martín y Belgrano.

Un antecedente remoto de los futuros vínculos que unirían a los dos libertadores argentinos, lo encontramos en su coincidencia en Buenos Aires, en los años de la niñez. Don Juan de San Martín, padre del prócer, al dejar Yapeyú, a principios de 1781, se estableció con su familia en la capital del Plata. José de San Martín tenía tres años al llegar a Buenos Aires y seis al partir para España con su familia, en 1784. Manuel Belgrano, en los comienzos de 1781, era un niño de diez años.

Poco significaría esta coincidencia de dos niños, de edad desigual (Belgrano era casi ocho años mayor que San Martín) habitando en una misma ciudad. Pero cambia totalmente si tenemos en cuenta que las familias de ambos frecuentaban el convento de Santo Domingo: los Belgrano desde hacía muchísimo tiempo y los San Martín desde su llegada de Yapeyú.

En efecto, el 29 de setiembre de 1754, siendo aún soltero, don Domingo Belgrano, padre de Manuel, había ingresado en la Tercera Orden dominicana, hoy llamada Hermandad Seglar, que es una de las ramas o partes en que tradicionalmente se divide la Orden de Santo Domingo y está formada principalmente por laicos. En 1757 contrae enlace con doña Josefa González Casero y esta ingresa, a su vez, el 20 de abril de 1760. Posteriormente, varios de sus hijos formarán parte de la misma.

Los esposos San Martín hacen su ingreso en la Tercera Orden el 8 de abril de 1781, es decir, a muy poco tiempo de su llegada de Yapeyú. Su profesión tiene lugar el 5 de abril del año siguiente y, en ocasión de su partida para España, se les otorga el correspondiente pase a fin de que puedan continuar en cualquier hermandad similar de la península.

En cuanto a la relación que indudablemente, existió en aquellos años de 1781 a 1784 entre los padres de ambos próceres, sea suficiente, en esta ocasión, mencionar el final del acta de la asamblea de la Hermandad Seglar porteña del 19 de junio de 1783, en la que están estampadas, muy cerca la una de la otra, las firmas de don Domingo Belgrano y don Juan de San Martín, conformando un documento valioso y probablemente único en su género.

Notemos de paso que en esos años el Vicario de la Tercera Orden dominicana porteña era don Juan Martín de Pueyrredón, padre del futuro Director Supremo del mismo nombre y uno de los grandes amigos del Libertador.

La actual basílica de Santo Domingo de Buenos Aires no sólo ha sido el templo de los Belgrano y de los San Martín, sino también de las familias de otros próceres de la independencia, como Saavedra, Pueyrredón, Zapiola, Chiclana, Azcuénaga, Espora, Lavalle y Warnes.

A principios de 1784, niño apenas de seis años, llega San Martín a España, con su familia. Casi tres años más tarde –a fines de 1786- Manuel Belgrano, que el 3 de junio ha cumplido los dieciséis, parte también hacia la península, acompañado de su hermano Francisco, un año menor. Por el diferente carácter de sus estudios, las distintas carreras que siguieron y los diversos lugares en que desarrollaron sus actividades, es poco probable que hayan mantenido contacto personal en la Madre Patria. Belgrano permanecerá allí cerca de diez años estudiando lenguas, derecho y economía política. San Martín, en cambio, seguirá la carrera militar y su estancia en España será de casi treinta años.

Pero llegará un día –el 6 de marzo de 1812- en que desembarcará en Buenos Aires y pondrá su espada al servicio de la causa de Mayo. Belgrano, que ha actuado en la Revolución desde el primer momento, ha ocupado una de las vocalías de la Primera Junta de Gobierno, ha hecho la campaña al Paraguay, ha ido de nuevo a Asunción en misión diplomática, ha sido Jefe del Regimiento de Patricios y pocos días antes ha enarbolado por primera vez la bandera celeste y blanca, en aquellos días viaja hacia el noroeste argentino para asumir el alto cargo de General en Jefe del Ejército Auxiliar del Perú. En los meses que siguen San Martín se ocupa en organizar el Regimiento de Granaderos a caballo y Belgrano en reorganizar su ejército.

Por esta misma época comienza el contacto, primero epistolar y luego personal, entre los dos libertadores, que pronto culminará en una profunda, sincera y trascendental amistad que constituye, al decir de José Pacífico Otero, “la alianza épica y la alianza moral más

ejemplar de nuestra revolución”.

Dado que no conocemos relaciones personales anteriores entre ambos, la primero que resalta es el hecho de que se estimaran desde antes de encontrarse por primera vez. Las cartas que Belgrano escribió a San Martín antes de la primera entrevista bastan para atestiguarlo y es muy de lamentar que en el archivo de Belgrano haya desaparecido la correspondencia sanmartiniana.

Desde la llegada de San Martín a Buenos Aires, Belgrano se interesó en conocerlo. Este interés tiene su origen, seguramente, en el deseo de perfeccionarse en la ciencia militar para cumplir con mayor eficiencia su cometido, ya que, como es sabido, era un general poco menos que improvisado. Su actuación en las invasiones inglesas sólo le había hecho conocer los rudimentos de la milicia. Producida la revolución, en la que había tomado parte activa desde el primer momento, su amor a la patria, su lealtad a toda prueba y su recia voluntad habían determinado al gobierno a designarlo Jefe de la Expedición al Paraguay y a la Banda Oriental, más tarde a confiarle el cargo de coronel del Regimiento N° 1 de Patricios, el comando de las baterías que se construían en las costas del Paraná y, últimamente, la jefatura del Ejército del Norte. Con todo esto había adquirido experiencia, pero él sabía mejor que nadie que ella no le bastaba, pues debía combatir contra generales y oficiales españoles fogueados en las luchas contra Napoleón.

San Martín, en cambio, era militar por vocación y desde su niñez. Formado en el ejército español, había adquirido una preparación y una experiencia que lo acreditaban como un oficial distinguido. Había actuado con brillantez en combates y batallas contra ingleses, portugueses y franceses, alcanzando el grado de teniente coronel y el cargo de Ayudante del General Marqués de Coupigny. Valiosa, a todas luces, sería la colaboración que podía prestar en el Ejército del Norte.

Ignoramos hasta hoy cual fue el punto de partida de la amistad sanmartiniano-belgraniana. Según el general Mitre, fue don José Vicente Milá de la Roca quien los puso en contacto. Comerciante catalán y hombre ilustrado, Milá de la Roca había acompañado a Belgrano en calidad de secretario cuando la expedición al Paraguay y

posteriormente mantuvo correspondencia con él. Sus referencias a San Martín pudieron ser decisivas para Belgrano.

Augusto Barcia Trelles piensa que San Martín pudo dar el primer paso, escribiendo al vencedor de Tucumán y Salta para felicitarlo por sus victorias. Nada difícil es que el creador del Regimiento de Granaderos escribiese por ese entonces a Belgrano, que con estos dos triunfos consecutivos había salvado la revolución. Más aún: sabemos que después de la batalla de Tucumán y antes de marchar para Salta, Belgrano pidió al gobierno que enviara a San Martín, como luego veremos.

La verdad es que no poseemos la primera o las primeras cartas de aquella importante correspondencia y que no han llegado hasta nosotros las que San Martín escribió a su dilecto amigo, aunque por las de Belgrano podemos deducir parte de su contenido.

La primera que se conoce está fechada en Lagunillas, Alto Perú, el 25 de setiembre de 1813. Respondiendo a una misiva de San Martín en la que vertía conceptos muy elogiosos sobre su destinatario, le recomienda el uso de la lanza, como arma de combate y le envía un modelo. Le expresaba también que, por intermedio de Milá de la Roca, le había enviado con anterioridad un cuaderno con instrucciones sobre táctica militar.

“¡Ay! Amigo mío, le contesta Belgrano. Y ¿qué concepto se ha formado Ud. de mí? Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo de General, sin saber en qué esfera estoy; no ha sido ésta mi carrera y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación.”

“Creo a Guibert el maestro único de la táctica, y sin embargo convengo con Ud. en cuanto a la caballería respecto de la espada y lanza. Pero habiendo de propósito marchado, cuando recién llegué a este ejército, más de 30 leguas hacia el enemigo, con una escolta de ocho hombres con lanzas, y sin ninguna otra arma, para darles ejemplo, aún así no he podido convencer... a nuestros paisanos de su utilidad; sólo gustan de la arma de fuego y la espada, sin embargo, saliendo de esta actitud, he de promover sea del modo que fuese, un cuerpo de lanceros y adoptaré el modelo que Ud. me remite.”

“Milá no me ha escrito en este correo o su carta se ha traspapelado; me priva, por consiguiente, del cuadernito de que Ud. me habla, y lo siento infinito”. Y termina: “crea Ud. que jamás me quitará el tiempo y me complaceré con su correspondencia, si gusta honrarme con ella y darme algunos de sus conocimientos para que pueda ser útil a la Patria, que es todo mi deseo, restituyéndole la paz y tranquilidad que tanto necesitamos”.

Como podemos apreciar, esta carta revela toda la sinceridad de Belgrano. Para valorarla en su plenitud, debe tenerse en cuenta que la escribe después de sus victorias de Tucumán y Salta, es decir, siendo un general victorioso y recibido en triunfo por doquier. “Tales circunstancias –acota un historiador- eran suficientes para envanecer a otro hombre que no fuera Belgrano. Por lo mismo que se trataba de un militar improvisado, sus grandes éxitos fácilmente podían convencerlo de su capacidad profesional y llevarlo a las exageraciones consiguientes”. Pero, después de esto, justo es reconocer que Belgrano “no esperó la hora de sus desgracias para presentarse con toda sinceridad a aquel que en breve iba a ser su sucesor”.

Pocos días más tarde, el 1º de octubre, el vencedor de Tucumán y Salta caía derrotado en Vilcapujio y el 14 de noviembre tenía lugar un nuevo desastre en la pampa de Ayohuma. En consecuencia, se vio obligado a replegarse hacia Jujuy, con lo que restaba de aquel ejército que había vencido dos veces al general Pío Tristán.

Belgrano, que siempre se mostró modesto en el triunfo y dignísimo en la desventura, escribirá a San Martín, desde Humahuaca, el 8 de diciembre:

“Paisano y amigo: No siempre puede uno lo que quiere, ni con las mejores medidas se alcanza lo que se desea; he sido completamente batido en las pampas de Ayohuma cuando más creía conseguir la victoria. Pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes y nada me arredrará para servir, aunque sea en la clase de soldado, por la libertad e independencia de la Patria.”

“Mucho me alegraré que venga el refuerzo ofrecido” [es decir el refuerzo que había pedido al Gobierno de Buenos Aires]...

“Si yo permaneciera con el mando, no dude Ud. que atenderé al capitán y demás tropa que viniese. Lo pedí a Ud. desde Tucumán: no quisieron enviármelo; algún día sentirán esta negativa; en las revoluciones y en la que no lo son, el miedo sólo sirve para perderlo todo”. Luego explica que la acción de Ayohuma se perdió porque un oficial no obedeció sus órdenes y de allí provino todo el desastre.

Un año antes, después de la batalla de Tucumán, Belgrano había pedido al Gobierno que le enviaran a San Martín, pero el Segundo Triunvirato no accedió. Más tarde, ante nuevos pedidos de refuerzos, decidió enviar al coronel Alvear. Belgrano se alegra, de todos modos, como lo expresa en esta misma carta, pues tiene necesidad de jefes de cierta experiencia. Sin embargo, Alvear que, en su ambición, prefiere quedar en Buenos Aires para influir en la logia Lautaro, en la Asamblea General Constituyente y en el Gobierno, renuncia por el momento a su sueño de hacer la campaña del norte y llegar victorioso a Lima.

La negativa anterior del Gobierno de enviar a San Martín, costó demasiado caro. Si hubiese dado oídos a la solicitud de Belgrano, otra sería la situación nortea a fines de 1813, año que había comenzado auspiciosamente con las victorias de San Lorenzo y Salta. Cuando accede, el 3 de diciembre, ya es demasiado tarde.

En calidad de Jefe de la expedición auxiliadora parte San Martín el día 9 al frente de los dos primeros escuadrones del Regimiento de Granaderos, cien artilleros y el primer batallón del número 7: total 1.250 hombres. El 16 se le confería el empleo de Mayor General del Ejército Auxiliar del Perú, quedando Belgrano de General en Jefe.

Grande fue la alegría de este último cuando supo que San Martín marchaba hacia el norte con refuerzos. El 17 escribe al Gobierno desde Humahuaca, expresando su satisfacción por “el auxilio que V.E. envía y, más que todo, por el jefe que manda a la cabeza, a quien pedí desde Tucumán y no se me quiso enviar”. Y agrega: “Todavía quisiera más. Hablo con la franqueza que acostumbro: que V.E. le diese el mando en jefe, quedando yo en el ejército con mi regimiento o de soldado. Por dos razones deseo esto: la primera porque es regular que tenga más conocimientos militares que yo, habiendo sido su carrera y no la mía. La segunda para dar un ejemplo

a mis paisanos, pues al paso que son ignorantes, son orgullosos y creen que no hay quien sepa más que ellos”.

En aquel mismo día escribía a San Martín:

“Mi amigo: no se cómo decir a Ud. lo bastante cuánto me alegro de la disposición del Gobierno para que venga de jefe del auxilio con que se trata de rehacer este desgraciado ejercito. Ojalá hiciera otra cosa más que le pido, para que mi gusto sea mayor, si puede serlo.” Se refiere a que San Martín sea nombrado General en Jefe. Y continua:

“Vuele Ud. si es posible; la Patria necesita que se hagan esfuerzos singulares y no dudo que Ud. los ejecute según mis deseos, para que yo pueda respirar con alguna confianza y salir de los graves cuidados que me agitan incesantemente.

“Crea Ud. que no tendré satisfacción mayor que el día que logre estrecharlo entre mis brazos y hacerle ver lo que aprecio el mérito y honradez de los buenos patriotas como Ud.”

En esos días de la segunda mitad de diciembre, Belgrano avanza desde Humahuaca hasta Jujuy y a poco de llegar a esta ciudad, recibe carta de San Martín. Se apresura a contestarle (25 de diciembre) para expresarle cuánto le reconforta el solo pensar que está en marcha:

“Crea Ud. –le dice- que he tenido una verdadera satisfacción con la suya del 6 de éste, que ayer recibí, y que mi corazón toma nuevo aliento cada instante que pienso que con Ud. se salvará la Patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto....”

Luego de hablarle de algunas dificultades que ha tenido, le expresa: *“En fin, mi amigo, espero en Ud. un compañero que me ilustre, que me ayude, y quien conozca en mí la sencillez de mi trato y la pureza de mis intenciones, que Dios sabe que no se dirigen si se han dirigido más que al bien general de la Patria...”*

“Celebro los auxilios militares que Ud. trae, así de armas como de municiones, y particularmente los dos escuadrones de su Regimiento, pues ellos podrán ser el modelo para todos los demás en disciplina y subordinación...”

A continuación, le adelanta noticias sobre el estado del ejército,

su comportamiento en las últimas acciones de guerra, la situación y posibilidades del enemigo, como también acerca de sus planes inmediatos. Con esto, quiere que vaya interiorizándose de la verdadera situación norteña, que por cierto no puede ser más precaria y se asemeja demasiado –aunque no lo dice– a la de los primeros meses de 1812, cuando él llegó para sustituir a Pueyrredón.

Esta extensa carta termina con expresiones similares a algunas que ya hemos transcripto:

"En fin, mi amigo, hablaría más con Ud. si el tiempo me lo permitiera; empuñese Ud. en volar, si le es posible, con su auxilio, y en venir a ser no sólo amigo, sino maestro mío, mi compañero y mi jefe, si quiere. Persuádase Ud. que le hablo con mi corazón, como lo comprenderá....."

No es posible exigir mayor sinceridad, pues Belgrano expresaba todo el estado de su espíritu. Además, se preocupaba por la felicidad y la rapidez de la marcha de su amigo y desde Jujuy le escribía el 2 de enero de 1814:

"Mi amigo y compañero: le contemplo a Ud. en los trabajos de la marcha, viendo la miseria de nuestros países y las dificultades que presentan con sus distancias, despoblación y por consiguiente falta de recursos para operar con la celeridad que se necesita..."

"Deseo mucho hablar con Ud. de silla a silla para que tomemos las medidas acertadas y formando nuestros planes los sigamos, sean cuales fueren los obstáculos que se nos presenten, pues sin tratar con Ud. a nada me decido".

San Martín llegaba desde el sur y Belgrano bajaba desde el norte. Además, éste venía con sus tropas exhaustas y seguido de cerca por los realistas, reproduciéndose la angustiosa situación de 1812, cuando debió ordenar el éxodo jujeño. Pero ahora alentaba una esperanza humana: el próximo arribo de San Martín.

Antes de que éste llegara a Santiago del Estero, Belgrano envió a Aráoz de Lamadrid a Tucumán con un pliego destinado al jefe de la expedición militar. Lamadrid lo entregó al Gobierno tucumano y éste lo hizo llegar a San Martín en Santiago del Estero. Aquel pliego contenía las instrucciones de Belgrano para el itinerario a partir de

Tucumán, a donde llega el 11 de enero de 1814 a las cinco de la mañana.

Nos acercamos a un momento importante en el tema que tratamos. Por primera vez los dos próceres están próximos a encontrarse personalmente, cumpliéndose lo que para cada uno era un deseo vehemente. "Ambos héroes tenían ansias de conocerse, escribe José Torre Revello. San Martín quería hablar personalmente con el hombre de leyes, el vencedor de Tucumán y Salta, que había derrotado a militares de carrera. Belgrano tenía el mismo anhelo respecto al estratega cuyas futuras hazañas pregonaba el combate de San Lorenzo".

El lugar y el día de su primer encuentro han dado lugar a polémicas en años relativamente recientes. Hasta entonces se aceptaba comúnmente, siguiendo a Mitre y López, que tuvo lugar en la posta de Yatasto el 19 o 20 de enero de 1814, versión que fue impugnada a partir de 1950 por Alfredo Gargaro quien sostenía que no se encontraron hasta el día 27, cuando ambos habían llegado a la ciudad de Tucumán. Gargaro polemizó con Manuel Lizondo Borda y otros sostenedores de la tesis tradicional.

En 1973 el investigador Julio Arturo Benencia publicó un documentado trabajo en el que llega a la conclusión de que aquel histórico encuentro ocurrió el 17 de enero, al norte de la posta de Algarrobos, situada a cinco leguas al sur del río Juramento, aunque no es posible establecer con precisión el lugar ni la hora. Este libro se titula *Cómo San Martín y Belgrano no se conocieron en Yatasto*.

Volvamos a San Martín que, en su marcha hacia el norte, parte de San Miguel de Tucumán hacia la jurisdicción de Salta el día siguiente de su llegada, o sea el 12 de enero. Cumpliendo su itinerario a marchas forzadas, llega, probablemente el 16 a la posta de Algarrobos, cuando Belgrano se dispone a cruzar el río Juramento. El 17 envía a San Martín un brevisimo oficio ordenándole esperarlo en donde se encuentra: "Voy a pasar el río Juramento -le dice- y respecto a hallarse V. S. con la tropa tan inmediato, sírvase esperarme con ella".

Como de un documento firmado el mismo día 17 en la posta de Algarrobos se infiere que San Martín salió hacia el río Juramento,

quizás a poco de emprender su marcha recibió el oficio de Belgrano que hemos mencionado, lo que le obligó a detenerse para esperar al General en Jefe.

San Martín y Belgrano se encontraban por primera vez y sellaban una amistad perdurable. Allí se conocieron aquellos dos grandes hombres y cada uno pudo confirmar lo que ya pensaba del otro. Allí cristalizaron también la admiración y el respeto mutuo que ninguno de los dos desmentiría jamás.

Belgrano creía que San Martín llegaba con la alta misión de reemplazarlo, pero el jefe de los Granaderos se había resistido, por consideración a su amigo. Esta actitud provocó una carta, fechada el 10 de enero, de Gervasio Antonio de Posadas, vocal del Ejecutivo y, poco después, primer Director Supremo de las Provincias Unidas, en la que le instaba a hacerse cargo del Ejército auxiliar, según lo pedía el mismo Belgrano:

"Excelente será el desgraciado Belgrano, expresaba respondiendo a la negativa sanmartiniana; será igualmente acreedor a la gratitud eterna de sus compatriotas. Pero sobre todo, entra en nuestros intereses y lo exige el bien del país que por ahora cargue Ud. con esa cruz".

El decreto gubernamental designando a San Martín para aquel alto cargo se firmaba en Buenos Aires el 18 de enero y llegó a destino a fin de mes, cuando ambos ya se encontraban en Tucumán.

Al día siguiente de la primera entrevista (18 de enero), Belgrano había ordenado al coronel San Martín marchar a Tucumán y "tomar todas las medidas y disposiciones que crea oportunas para la mejor instrucción y disciplina de la tropa y reclutas que hay en aquella ciudad y para el arreglo y adelantamiento de todo cuanto concierna y pertenezca al Ejército, pues espero de la actividad, celo y conocimientos de V. S. el más feliz éxito en todas sus disposiciones".

San Martín camina esta vez hacia el sur, con sus tropas, y Belgrano le sigue de cerca con las suyas. Parece que ambos han convenido en lo que Belgrano proponía en aquella larga carta del 25 de diciembre de 1813, que citamos, es decir llegar hasta Tucumán y

allí hacerse fuertes y, si bajaba el enemigo, presentarle batalla, como en setiembre de 1812.

A medida que van avanzado, con diferencia de un día de camino, San Martín recibe, casi a diario, instrucciones del General en Jefe. Así, por ejemplo, el 22 desde Rosario de la Frontera, le ordena el arresto del espía Ramón Ruiz, el 24 le envía tres mensajes desde Trancas, en la actual provincia de Tucumán; el 25 uno desde Alurralde; el 25 y 26 otros tres mensajes desde Ticucho. San Martín llega cubriendo la retirada. En San Miguel de Tucumán tendrá lugar una segunda entrevista, de mayor duración y también la última, ya que después no volverían a encontrarse. Pero su amistad quedaba sellada para siempre.

A los dos días de su arribo a San Miguel de Tucumán (29 de enero), por disposición llegada de Buenos Aires, Belgrano, en acto solemne, traspasa el mando del Ejército a San Martín y se queda a sus órdenes, cumpliendo, de este modo, otra de sus aspiraciones. Y mientras noblemente agradece al Gobierno por ese relevo, San Martín a su vez y con igual nobleza el día 30 se dirige al mismo en estos términos:

"Me encargo de un ejército que ha apurado sus sacrificios durante el espacio de cuatro años, que ha perdido su fuerza física y sólo conserva la moral, de una masa disponible a quien la memoria de sus desgracias irrita y electriza y que debe moverse por los estímulos poderosos del honor, del ejemplo, de la ambición y del noble interés".

Y en la misma fecha su proclama al ejército termina con estas emotivas palabras: "Vencedores en Tupiza, Piedras, Tucumán y Salta: ¡renovemos tan dulces, tan heroicos días!".

Hasta aquí hemos visto, casi exclusivamente, el concepto que Belgrano tenía de San Martín y el afecto profundo que guardaba hacia su persona. Para la contraparte, lamentamos de nuevo la pérdida de la correspondencia sanmartiniana, en la que vertía su aprecio por el creador de la bandera.

Ante todo, recordemos su generosa actitud en el hecho de enviarle instrucciones escritas sobre la mejor manera de hacer la

guerra en el norte argentino; luego, su negativa a asumir la jefatura del Ejército del Norte, por consideración a Belgrano, como se desprende de cartas de Posadas y Rodríguez Peña. Otra ocasión la encontramos en Tucumán, cuando San Martín puede apreciar a fondo la abnegación de Belgrano al quedarse en el Ejército al frente de Regimiento N° 1.

El Gobierno está dispuesto a abrir juicio en su contra, por las derrotas de Vilcapujio y Ayohuma. San Martín hace todo lo posible por salvar a su amigo en esta delicada emergencia escribiendo al Director Supremo y a la comisión nombrada para instruir el proceso con el objeto de convencerles que la reorganización del ejército exigía la postergación de la causa. Además, y por esto mismo, quiso dar mayor importancia al Regimiento N° 1, agregándole otros cuerpos, para confiar a Belgrano, como anota Mitre "el mando de la masa de tropa más respetable del ejército, como el más capaz de instruirla y moralizarla".

Pero todavía notamos más el noble proceder de San Martín cuando se dirige al Director Posadas respondiendo a un oficio del 5 de febrero en que se le ordena que "haga entender al Brigadier don Manuel Belgrano que sin pérdida de instante se ponga en camino para la ciudad de Córdoba, dejando el mando de su Regimiento a su oficial más antiguo", y que cuando llegue a aquella ciudad dé cuenta al Directorio "para impartirle las órdenes convenientes al mejor servicio del Estado".

Podríamos decir que en su respuesta San Martín se juega por su amigo. Ante todo se muestra preocupado por el estado de su salud y juzga inoportuno el viaje "por hallarse dicho brigadier enfermo, al parecer de terciana, y poniéndose en camino, las lluvias y, más que todo, los calores, seguramente le agravarían la enfermedad y pondrían en riesgo su vida".

Más adelante hace referencias a intereses generales:

"He creído de mi deber informar a V.E. que de ninguna manera es conveniente la separación de dicho brigadier de este ejército, en primer lugar porque no encuentro un oficial de bastante suficiencia y actividad que lo subrogue accidentalmente en el mando de su regimiento, y [éste] debe organizarse bajo un pie respetable y con la

celeridad posible, antes que adelante sus movimientos el enemigo, que se halla reforzado en Salta; ni quien me ayude a desempeñar las diferentes atenciones que me rodean, con el orden que deseo, e instruir a la oficialidad, que además de ser ignorante es presuntuosa, se niega a todo lo que es aprender y es necesario estar constantemente sobre ella, para que se instruya al menos de algo que es absolutamente indispensable que sepan". Esta expresión de San Martín confirma las quejas de Belgrano sobre la oficialidad del Ejército auxiliar, que el gobierno consideraba exageradas, como lo demuestra una carta de Nicolás Rodríguez Peña a San Martín, del 27 de diciembre de 1813, en la que le expresa que Belgrano "ha perdido hasta la cabeza y en sus últimas comunicaciones ataca de un modo atroz a todos sus subalternos, incluso Díaz Vélez....."

San Martín prosigue en su carta:

"Después de esto, yo me hallo en unos países cuyas gentes, costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas y cuya situación topográfica ignoro; y siendo estos conocimientos de absoluta necesidad para hacer la guerra, sólo este individuo [Belgrano] puede suplir su falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias de que carezco, como lo ha hecho hasta aquí, para arreglar mis disposiciones; pues de todos los demás oficiales de graduación que hay en el ejército, no encuentro otro de quien hacer confianza ya por carecer de aquel juicio y detención que son necesarios en tales casos; ya porque no han tenido los motivos que él para tomar unos conocimientos tan extensos e individuales como los que posee. Ultimamente, V.E. esté firmemente persuadido que su buena opinión entre los principales vecinos emigrados del interior y habitantes de este pueblo, es grande; a pesar de los contrastes que han sufrido nuestras armas, a sus órdenes, lo consideran como un hombre útil y necesario en el ejército, porque saben su contracción y empeño y conocen sus talentos y su conducta irreprochable. Están convencidos, prácticamente, que el mejor general nada vale si no tiene los conocimientos del país donde ha de hacer la guerra, y considerando la falta que debe hacerme, su separación del ejército causará un disgusto y desaliento muy notable que será de funestas consecuencias aún para los progresos de nuestras armas". Y para que el gobierno se convenza de que esta ansiedad no es infundada agrega:

"No son estos unos temores vagos, sino temores de [los que] hay alguna experiencia, pues sólo el recelo de que a la separación del mando del ejército se seguirá la orden para que bajara a la capital, ha tenido y tiene en suspensión y como amortiguados los espíritus de los emigrados de más séquito e influjo en el interior y de muchos vecinos de esta ciudad, que desfallecerán del todo, si llegan a verlo realizado. Así, espero que VE. pesando todas estas consideraciones y otras que no podrán ocultarse a su superior penetración, que por lo mismo omito exponerlas, se dignará, en obsequio de la salvación del Estado, conservar en el ejército a dicho brigadier... "

"Páginas como éstas, escribe Mitre, son las que hacen la gloria de la humanidad. Hay en ellas grandeza de alma de parte de uno y otro y, al mismo tiempo, espontánea sencillez en la abnegación y en la generosidad recíproca" El historiador Mario Belgrano completa este pensamiento señalando que "los conceptos de San Martín, sobre todo, los últimos, tratándose de un hombre de su calidad, no pueden tomarse como meras manifestaciones de deferencia y simpatía hacia un jefe caído en desgracia. Estos conceptos luego se apreciarán en todo su valor, cuando lo veamos insistir en la necesidad de confiar de nuevo a Belgrano el comando del Ejército del Perú".

Como es sabido, el Gobierno desestimó la petición sanmartiniana y Belgrano tuvo que abandonar Tucumán y bajar a Buenos Aires para ser procesado por segunda vez. Pero no podía dejar de manifestar su solicitud por la suerte de su ejército. Después de todo, le quedaba un gran consuelo: el saber que San Martín estaba a su frente. Así lo expresó en carta a Arenales: "Al fin he logrado que el ejército tenga un jefe de conocimientos y virtudes y digno del mayor y más distinguido aprecio: confieso a Ud. que estoy contentísimo con él, porque preveo un éxito feliz, después de tantos trabajos y penalidades".

La conducta del Gobierno respecto de Belgrano, ha sido considerada, con razón, como un gran desacierto. Recordemos lo que escribió el general José María Paz:

"La separación del mando en Jefe del General Belgrano, fue un mal que ha pagado muy caro la República; no porque el General San Martín no fuera digno del reemplazo, y con ventaja, si se atiende a

sus superiores conocimientos militares, sino porque habiéndose este separado también a los pocos meses, dejó un vacío inmenso, que no pudo llenar el General Rondeau. Si el General Belgrano hubiese continuado o si hubiese vuelto a reemplazar al General San Martín, es seguro que nuestras armas no hubieran sufrido reveses vergonzosos y nuestros ejércitos no se hubieran desquiciado dejando en el Alto Perú el recuerdo de escándalos numerosos y acabando con el crédito que habíamos adquirido”.

Ahora bien, el General Paz creyó que San Martín había solicitado el relevo de Belgrano, dando lugar a un error que se mantuvo por mucho tiempo. En realidad no sucedió así, sino lo contrario, ya que, como hemos visto, hizo todo lo posible para retenerlo y sólo cedió ante la imposición del Gobierno.

Belgrano abandonó Tucumán, en medio de las mayores manifestaciones de afecto por parte de la sociedad y del ejército. Su enfermedad le hizo detener una temporada en Santiago del Estero, desde donde reanuda su correspondencia con San Martín.

Durante el corto tiempo en que han estado juntos, que probablemente no alcanzó a dos meses, Belgrano fue, de hecho, el asesor de San Martín. Muy claro lo dice este en la carta al Director Posadas y ahora su correspondencia se transforma en asesoramiento político y hasta militar. En carta del 6 de abril le dice:

“Son muy respetables las preocupaciones de los pueblos y mucho más aquellas que se apoyan por poco que sea, en cosa que huela a religión; creo muy bien que Ud. tendrá esto presente...”

“La guerra, allí, no sólo la ha de hacer Ud. con las armas, sino con la opinión, afianzándose siempre esta en las virtudes morales, cristianas y religiosas, pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes”.

Belgrano, católico ferviente, quiere prevenir al nuevo General en Jefe, en quien quizá ha advertido un tanto de indiferencia o, más bien, una formación religiosa no tan sólida como la suya, para que no caiga en el error de Castelli de despreocuparse totalmente del aspecto religioso, poniendo un arma terrible en manos del enemigo, como ocurrió en 1810 y 1811. Belgrano continúa en su carta a San Martín:

“Acaso se reirá alguno de este mi pensamiento; pero Ud. no deje llevarse de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan; además, por ese medio conseguirá Ud. tener el ejército bien subordinado, pues al fin se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos, y sus máximas no pueden ser más a propósito para el orden.”

“.....quisiera hablar más, pero temo quitar a Ud. su tiempo, y mis males tampoco me dejan; añadiré únicamente que conserve la bandera que le dejé; que la enarbole cuando el ejército se forme; que no deje de implorar a N. Sra. de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra Generala y no olvide los escapularios a la tropa. Deje Ud. que se rían; los efectos le resarcirán a Ud. de la risa de los mentecatos, que ven las cosas por encima.”

“Acuérdese Ud. –concluye- que es un general cristiano, apostólico y romano; cele Ud. de que en nada, ni aún en las conversaciones más triviales se falte el respeto de cuanto se diga a nuestra santa religión; tenga presente no sólo a los generales del pueblo de Israel, sino a los de los gentiles y al gran Julio César, que jamás dejó de invocar a los dioses inmortales y por sus victorias en Roma se decretaban rogativas. Se lo dice a Ud. su verdadero y fiel amigo. Manuel Belgrano.”

El 21 le escribe de nuevo, respondiendo a una misiva de San Martín. Parece que éste le habla de salir en busca del enemigo, por lo que Belgrano trata de disuadirlo.

“Si Ud. no cree –le dice- que tiene el ejército bien disciplinado y en el mejor pie de subordinación, no haga movimiento alguno y estese a la defensiva; si no hay recursos, pedirlos al Gobierno y que se busquen hasta en el seno de la tierra. Si Ud. llegase a perder la acción, lo que Dios no permita ¿cederíamos todo al enemigo por falta de dineros? No”.

Sigue dándole consejos nacidos de su experiencia en la guerra del norte y, como disculpándose, añade:

“Mas yo estoy hablando con un general militar, que yo no lo he sido ni soy; pero mi deseo de felicidad de las armas de la Patria y de la gloria particular de Ud. me obliga a ello”.

Le avisa que el Gobierno le ha negado la licencia absoluta que pidió, que tiene que responder ante un consejo de guerra, que para vivir debe optar entre Córdoba o Cuyo, que por sus malestares físicos no puede seguir viaje todavía y que, a pesar de todo, desearía estar con él aun como simple soldado.

Nuevas cartas, una desde Santiago, del 28 de abril y otra desde Loreto el 22 de mayo, dan cuenta de la preocupación de Belgrano por la salud de San Martín, que se encuentra quebrantada. Pone a su disposición parientes y amigos suyos de Santiago del Estero.

Aquí se interrumpe la correspondencia. Belgrano bajó a Buenos Aires, su causa fue sobreseída y al año siguiente marchó a Europa con Rivadavia, en misión diplomática. San Martín quedó, sin duda, muy afectado. Se dedicó a reorganizar el ejército y a construir la famosa Ciudadela; pero la difícilísima situación que debía afrontar, agravada por la ausencia de Belgrano y su falta de salud, le llevaron a la conclusión de que debía renunciar y pensar en otra cosa.

El historiador tucumano Manuel Lizondo Borda dice que "los argentinos debemos agradecer a Belgrano, entre otras cosas grandes, algo no destacado como corresponde, al principio sin mucha importancia, pero luego de enorme trascendencia: el que San Martín abandonara Buenos Aires, se adentrara por primera vez en el país y se estableciera aunque por poco tiempo en Tucumán".

"A Tucumán cabe la honra sido la primera ciudad argentina donde San Martín empieza a adquirir la experiencia y la responsabilidad de preparación de un ejército para futuras campañas. Tucumán, por otra parte, prestó a San Martín benévola acogida y aprendió a respetarlo y admirarlo tanto como a Belgrano."

Pero hay algo más importante todavía: en Tucumán San Martín medita en sus futuras campañas. Se convence de que en el norte la patria se desangra en vano pues ya van cuatro años de infructuosa lucha. Mientras sigan llegando refuerzos del Perú, los realistas estarán en condiciones de entera ventaja. Gracias a haber ido al norte, haber tomado contacto personal con Belgrano, haber alternado con los oficiales veteranos de las campañas del Alto Perú, pudo llegar al convencimiento de la esterilidad de la lucha en el norte, lucha que se

prolongaría indefinidamente. Y concibe su grandioso plan del oeste: llegar a Lima por Chile y el Pacífico.

Ahora bien, ¿era original esta idea del Libertador? Muchos historiadores la han tenido y la tienen por tal; pero creemos que debe ser desechada esta aseveración, que tiene origen en un documento, al parecer, fraguado por Vicente Fidel López. Este autor publicó en 1881, en el primer tomo de su obra *La revolución argentina. Su origen, sus guerras y su desarrollo político hasta 1830* una carta que San Martín habría escrito, desde Tucumán el 22 de abril de 1814, a Nicolás Rodríguez Peña, comunicándole su plan secreto de llevar la guerra contra Lima a través de Chile. El famoso párrafo es muy conocido: "Ya le he dicho a Ud. mi secreto: un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile... Aliando las fuerzas, pasaremos por mar a tomar a Lima; ese es el camino y no éste, mi amigo".

Pero López jamás pudo mostrar esta carta y, ante las exigencias de Mitre, terminó confesando que no era sino "un trasunto" que había rehecho "de memoria" Aunque puede haber algo de cierto en lo publicado por López, no puede tomarse en serio este documento y, además, existen poderosas razones para llegar al convencimiento de que la idea de atacar el poder realista en el Perú por occidente no era un "secreto" de San Martín.

Varios meses antes, el 29 de noviembre de 1813, el teniente coronel Enrique Paillardelle, oficial del ejército de Belgrano, había elevado al Gobierno un plan de llevar la guerra al Perú con la cooperación de Chile. Según este plan (publicado en 1917 por el Archivo General de la Nación, en el libro *Paso de los Andes*), las fuerzas argentino-chilenas, partiendo por mar desde Valparaíso, desembarcarían en Arica y luego atacarían Lima con el apoyo de Belgrano y su ejército, desde el Alto Perú.

Para no extendernos en este asunto, de no escaso interés, pero que no toca sino tangencialmente nuestro tema diremos que, si bien no puede atribuirse a San Martín la paternidad de aquella idea, sin embargo fue él quien concretó el grandioso plan y lo llevó a cabo con extraordinaria precisión.

En abril de 1814, solicita permiso para pasar a Córdoba a restablecer su salud y luego que se le nombre Gobernador Intendente de Cuyo, con el objeto de preparar su plan continental. A principios de mayo se le otorga aquel permiso y el 10 de agosto el Director Posadas lo designa titular de la gobernación intendencia de Cuyo, creada a fines del año anterior. Mientras Belgrano se encontraba en Europa, en misión diplomática, San Martín organiza el Ejército de los Andes. Al Ejército del Norte le asignaba como actuación, según Mitre, "una defensiva estricta en Jujuy, auxiliar la insurrección del Perú con algún armamento y estar pronto para obrar de acuerdo con el ejército de desembarco".

Cuando debió ser relevado Rondeau, a raíz del desastre de Sipe-Sipe, San Martín se pronunció a favor de Belgrano, que ya estaba de vuelta de Inglaterra. Los términos de su carta del 12 de marzo de 1816 a Godoy Cruz merecen recordarse y expresan su altísima estima por el creador de la bandera:

"En el caso de nombrar quien deba reemplazar a Rondeau, yo me decido por Belgrano: este es el más metódico de los que conozco en nuestra América; lleno de integridad y talento natural, no tendrá los conocimientos de un Moreau o Bonaparte en punto a milicia, pero créame Ud. que es lo mejor que tenemos en América del Sur"

En realidad es difícil expresar un concepto más elogioso. San Martín al proponer a Belgrano, contraía una responsabilidad frente al país, pues conocía las dificultades de la situación de aquel ejército, por tercera vez derrotado y desmoralizado. Las mejores tropas con que contaba, es decir los dos primeros escuadrones de Granaderos, que fueron al norte con el mismo San Martín a principios de 1814, llegarían a Mendoza hacia fines de aquel año 1816 para engrosar el Ejército de los Andes.

Nombrado por el Congreso de Tucumán, Belgrano se hacía cargo por segunda vez del Ejército del Norte el 7 de agosto de 1816. Sabía muy bien que se trataba de un ejército sin mayores posibilidades ni perspectivas. Contaba con 2700 hombres mal armados y carentes de muchos elementos necesarios. Y hacían falta 8.000 hombres de línea -según Guido- con buena disciplina, con un cuerpo de ingenieros, artillería, etc. para hacer frente a las fuerzas de

Lima. Belgrano aceptó porque la patria se lo reclamaba y porque sabía que ello significaba una estrecha colaboración con San Martín.

Luego de la declaración de la independencia en julio de 1816, a éste le cupo la gloria de consolidarla con las armas, en tanto Belgrano quedaba en Tucumán tratando de mantener y reorganizar su ejército, que no podía contar en ningún momento con refuerzos ni elementos suficientes por cuanto, desde 1815, todos los recursos del Estado eran destinados al Ejército de los Andes. El creador de la bandera lamentaba esta situación de imposibilidad en colaborar activamente en la gran empresa del oeste en carta a Guido del 10 de octubre de 1818:

“Nosotros nada podemos hacer y, según veo, seremos una cosa muy accesoria en los triunfos de Uds.; estamos en la mayor miseria y nada tenemos de lo que necesitamos para movernos”.

Como nos dice su contemporáneo, el Dr. Manuel Antonio Castro, Belgrano pasó mil penurias para que a San Martín nada le faltara. ¿Acaso no constituye ésto, de por sí, una importante colaboración?

En todo aquel tiempo mantienen correspondencia, de modo que San Martín está perfectamente informado de las acciones que se libran en el norte.

El interés que el jefe del Ejército del Norte alienta por el éxito de la campaña sanmartimana, lo vemos reflejado una vez más en un pliego que el Cabildo de Mendoza recibe por intermedio del Gobernador Intendente Toribio de Luzuriaga, el 30 de noviembre de 1816, en el que Belgrano le agradece por los esfuerzos que la provincia de Cuyo prodiga a favor de la Nación.

El 5 de enero de 1817 San Martín, quizá recordando un consejo belgraniano, hace jurar como patrona de su ejército a Nuestra Señora del Carmen, con la mayor solemnidad. Belgrano sigue atentamente los movimientos del Ejército libertador, que en la segunda quincena de aquel mismo mes inicia su marcha hacia Chile. El 8 de febrero, cuatro días antes de Chacabuco, San Martín informa al Gobernador Intendente de Cuyo sobre la ocupación de los pueblos de Aconcagua

y Los Andes y éste envía una copia a Belgrano quien le responde el día 20:

"Seguramente las armas de la Nación se coronarán de laureles bajo tan digno jefe, y a V.S. y su benemérita Provincia tocará una parte muy principal en tan gloriosos triunfos. "

"Quiera V. S. admitir las más plausibles enhorabuenas por tan felices principios, a nombre del ejército que me está confiado y mio, como igualmente los deseos que nos asisten de ver concluida una empresa en que Cuyo se ha distinguido, dando un ejemplo poco común a las demás provincias hermanas".

Como es sabido, el 12 de febrero tiene lugar la batalla de Chacabuco, con un triunfo completo. El 14, o sea el mismo día de su entrada en Santiago de Chile, San Martín le envía un oficio informándole del cruce de la cordillera y de aquella rotunda victoria. Belgrano lo recibió el 22 a las once de la noche e inmediatamente mandó anunciarla con un repique general de las campanas del Cabildo y de los templos de la ciudad. El 26 contestaba al General victorioso:

"Los pueblos y Ejército de mi mando, llenos de júbilo y contento ven en V.E. el Libertador de Chile, y le dan gracias por el beneficio que deben a sus nobles esfuerzos, felicitándole conmigo, igualmente que a sus compañeros de armas, que han sabido seguir las huellas que V.E. les trazó para cubrir de gloria las armas de la Nación de la opresión a nuestros hermanos y afianzar para siempre la independencia de la América del Sud".

Ese mismo día escribía a Luzuriaga:

"Felicitó a V.S. y a esa ciudad [Mendoza] origen de tan ventajosos resultados y le doy gracias por la prontitud de sus avisos, que han dado nueva vida al espíritu público y excitan a nuevas empresas..."

Es tan grande el entusiasmo de Belgrano que, entre otras celebraciones, hace erigir el 26 de febrero en el Campo de la Victoria, frente a la ciudadela sanmartiniana, una pirámide, imitación de la de Mayo de Buenos Aires. Es, hasta ahora, el único monumento que recuerda la amistad belgraniano-sanmartiniana. No satisfecho con

ésto, decreta un indulto para los soldados desertores de su ejército:

"Llenando los deseos de mi corazón de dar una prueba digna de; gozo que abriga por la heroicidad del Excelentísimo señor General don José de San Martín, capitán general y en Jefe del Ejército de los Andes, y de los trabajos que le han acompañado para libertar al país precioso de Chile..." decide indultar a los desertores en un acto público que se llevará a cabo en el Campo de la Victoria.

Y, por su orden, el 14 de febrero de 1818, primer aniversario de la entrada de San Martín en la capital chilena, a la oración se efectuaba una salva de catorce cañonazos en la Ciudadela, estando todos los cuerpos formados y explicando todos los jefes el motivo de aquellas salvas. El día 26 el Cabildo tucumano nombraba al General José de San Martín, Regidor perpetuo y ordenaba que el acta levantada con este motivo fuese grabada en una lápida a colocarse en la Sala Capitular.

Belgrano es informado por Luzuriaga, de un modo permanente acerca de las actividades del Ejército Libertador. Por otra parte, en la correspondencia de los jefes realistas del Perú, sobre todo del Virrey Pezuela y del general La Serna, campea su preocupación por las actividades y movimientos del Ejército del Norte. El 20 de agosto San Martín le había escrito pidiéndole su opinión acerca del plan para la campaña del Perú y Belgrano le contestaba el 26 de setiembre:

"El pensamiento de atacar directamente a Lima es el más propio, porque, subyugada, ciertamente se ha concluido la obra: pero yo quisiera que la fuerza no bajase de ocho mil hombres..."

"Los medios que Ud., ha adoptado para verificar su plan no pueden ser más acertados; preciso es dominar el mar y limpiarlo de todo obstáculo..."

El 5 de abril de 1818 tenía lugar la batalla de Maipú y el 8 San Martín envía a Belgrano la noticia de aquel triunfo. Este le contesta brevemente el 17 en carta que termina: *"Siga Ud. dando glorias a la Nación y asegure, como nos prometemos, su independencia. ordenándonos lo que quiera que hagamos"*.

Tres días más tarde, el 20, vuelve a escribirle con mayor extensión y dando desahogo a su júbilo. Esta carta concluye así:

“Nunca se manifiesta el sol con más brillantez y alegría que después de una tempestad furiosa: el azaroso acontecimiento del 19 de marzo en los campos de Talca¹, le dio palpablemente el último grado de importancia e inmortalidad al venturoso del 5 del corriente en los de Maipú... Al enemigo, fascinado con aquel, no se le ocurrió, por lo visto, que aún existía el General San Martín y que capaz de transmitir su heroísmo al último de sus subalternos, haría prodigios aún con la espada al cuello. El, sin duda, contó con que V.E. sería el primero que arrastrase su carro triunfal, auxiliado de los jefes que le secundaban. Pero la copa de la felicidad jamás se concedió a un orgullo presuntuoso: encontró su ruina y su vergüenza donde creyó dar con su gloria y exaltación. Circunscribo los plácemes que doy a V.E. a la extensión de mi caracterizada sinceridad, ya que no se me ofrecen expresiones que los signifiquen del modo más adecuado, complaciéndome la infalibilidad de que la Nación en masa, entrando yo en parte, elevará en el centro de su corazón el monumento de eterna gratitud que inmortalice al Héroe de los Andes. Tampoco olvidará a los dignos hijos suyos, jefes subalternos, oficiales y tropa que acompañaron a V.E. en tan brillante jornada. Todos son acreedores a una memoria perpetua, y vivirán, como me lisonjeo, la vida eterna de la Nación”.

Creemos que huelga todo comentario, pero anotemos que Belgrano ya llama a San Martín el Héroe de los Andes, título que se le da, quizá por primera vez. Al enterarse de la infausta noticia de que el vencedor de Chacabuco y Maipú quiere abandonar Chile por encontrarse su salud muy quebrantada, le escribe el 24 de octubre de 1818:

“Compañero y amigo querido: Si hubiese una máquina galvánico en esa ciudad de Santiago de Chile, póngase Ud. a que le administren el galvanismo, con el que creo se libertará Ud. del temblor de su mano, que, por consiguiente, no necesita variar de temperamento; la presencia de Ud. en ese Estado la miro como la cosa más interesante a la independencia de la América; Ud. se halla en el caso del Cid, de que aún cuando muerto, basta con presentar su efigie a los enemigos para vencerlos”.

¹ Se refiere a la sorpresa de Cancha Rayada

Vendrá el año 1819 con sus acontecimientos dolorosos. En enero el gobierno central ordena a San Martín y Belgrano bajar con sus respectivos ejércitos para sofocar la rebelión autonomista de Santa Fe. El primero se niega rotundamente, pues no quiere, en modo alguno, distraer sus fuerzas de la lucha empeñada en el Pacífico. Belgrano, no obstante detestar tanto como su amigo las luchas intestinas, cree que su deber es la obediencia, y se le nombra Comandante en jefe de las fuerzas del litoral. En su afán pacifista comisiona la jefe del Ejército de Observación, general Alvarez Thomas, para celebrar un armisticio con Estanislao López, que se lleva a cabo el 5 de abril. Dos días después comunica a San Martín este acontecimiento.

“El 5 del corriente, a las 7 de la tarde, se celebró un armisticio por el Jefe de las fuerzas de Santa Fe y el General del Ejército de Observación, según se manifiesta en la adjunta copia [le envía una copia del texto del tratado] y habiendo tenido la satisfacción de aprobarlo, lo aviso a V.E. para los efectos a que hubiere lugar. Dios guarde a VE. muchos años. Campamento General de la Posta de la Candelaria, a 7 de abril de 1819”.

El mismo día 7 de abril, en otra carta le manifestaba que se había visto obligado a asegurar el tránsito de su esposa doña Remedios Escalada de San Martín, en viaje de Mendoza a Buenos Aires:

“Buenos cuidados he tenido por la señora de Ud. Al fin está aquí, libre de cuidados y pienso detenerla hasta ver más claro de estos hombres; opino que debe ir embarcada desde Rosario, por más comodidad, que por los campos, que se hallan asolados y las postas sin caballos, hasta Arrecifes, según me parece; en fin veremos lo que mejor le convenga”.

Cinco días más tarde, el 12 de abril le escribía desde Rosario con respecto a Remedios y su hija:

“Compañero y amigo muy querido... La señorita Remedios, con la preciosa y viva Merceditas, pasó de aquí felizmente, y según me dice el conductor del pliego, había seguido bien hasta Buenos Aires”
El General Paz, en sus famosas Memorias, recuerda este episodio y señala los difíciles momentos que pasaron Remedios de Escalada de San Martín y su pequeña hija en aquel viaje.

Entre otras cartas de aquel mismo tiempo, enviadas por Belgrano a San Martín, cabe señalar una dirigida el 7 de julio desde Fraile Muerto, actual Bell Ville, Córdoba, en la que, preocupado por la salud del Libertador, olvidándose de la propia, que era hartamente precaria, le expresaba:

"La Patria necesita de Ud. mucho, en estas circunstancias más que nunca; es preciso, pues, cuidarse mucho y adoptar un método para estar capaz de vivir".

La última carta de Belgrano a San Martín, fechada en Pilar, Córdoba, el 17 de agosto de 1819, acusa recibo de diversos papeles remitidos por su amigo y, al enterarse de su mejoría, le dice:

"Me complace mucho de que Ud. esté aliviado de sus males; yo hace unos cuatro días que conozco hallarme mejor, y estoy con las mismas esperanzas que Ud. de que, calentando el tiempo, se pase esta incomodidad."

Poco después, el 11 de setiembre, Belgrano, gravemente enfermo, delegaba el mando del ejército en el coronel Francisco Fernández de la Cruz y regresaba a Tucumán. A principios de febrero de 1820 volverá a Buenos Aires para morir. Su muerte, ocurrida el 20 de junio, exactamente dos meses antes de que San Martín se embarcara en Valparaíso, con el Ejército Unido, rumbo al Perú, le impidió contemplar desde este mundo la epopeya del Pacífico y de colaborar con ella desde el norte argentino. En aquella trayectoria triunfal, el Gran Capitán daría gloria imperecedera a la bandera creada por su amigo. Nadie como él la llevaría tan alto, dándole proyección continental. Por otra parte, es evidente que la desaparición de Belgrano dejó muy preocupado a San Martín ya que contaba mucho con su colaboración, desde el norte argentino, para la campaña del Perú. Pero ahondar en este punto sería prolongar demasiado esta disertación.

El 20 de setiembre de 1822 San Martín, habiendo renunciado al gobierno del Perú, se embarca en Ancón, con destino a Chile, en el bergantín Belgrano. A este propósito, el alemán Wolfram Dietrich escribe en su libro *Belgrano y San Martín*: "el bergantín se llamaba Belgrano y si San Martín pensó en el espíritu de renunciamiento que

había caracterizado a su difunto amigo, pudo seguramente reconocer, con melancólica satisfacción, que también él lo poseía".

Señoras y señores:

Hemos analizado someramente las relaciones, la estrecha colaboración en bien de la Patria y la noble e invariable amistad que unió a nuestros dos libertadores, quienes, en expresión de Mitre, son los "dos hombres verdaderamente grandes de nuestra revolución argentina y que merecen el título de fundadores de la independencia de su patria".

BIBLIOGRAFIA

- Archivo de la Hermandad Seglar Dominicana de, Buenos Aires.
(Convento de Santo Domingo)
- Libro de asientos (1726-1800)
- Libro de acuerdos [actas] (siglo XVIII).
- BARCIA TRELLES, Augusto, *José de San Martín*, Buenos Aires 1941.
- BELGRANO, Mario, *San Martín y Belgrano*, Buenos Aires 1945.
- BENENCIA, Julio Arturo, *Cómo San Martín y Belgrano no se conocieron en Yatatasto*, Buenos Aires 1973.
- COUTAUX PELLEGRINI, Carlos A., *El General San Martín y la amistad*, Buenos Aires 1943.
- DIETRICH, Wolfram. *Belgrano y San Martín (La revolución en Sudamérica)*. Santiago de Chile 1943.
- Documentos para la historia del Libertador General San Martín*.
Buenos Aires 1953ss.
- LIZONDO BORDA, Manuel, *San Martín y Tucumán*, Tucumán 1978.
- MARTINEZ MORENO, Raúl S. *La amistad de San Martín y Belgrano*.
S.M. de Tucumán 1974.
- MITRE, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires 1887. 4ª ed.
- *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*.
Buenos Aires 1890. 2ª ed.
- OTERO, José Pacífico, *Historia del Libertador Don José de San Martín*, Buenos Aires 1978.
- PAZ, José María, *Memorias póstumas*, Buenos Aires 1924.
- TORRE REVELLO, José. *La amistad de dos héroes: San Martín y Belgrano*, Buenos Aires, INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO, Anales del Colegio de Estudios Superiores Sanmartinianos, n.1 (1959).



**Impreso en talleres propios
de la Universidad del Norte
Santo Tomás de Aquino
En agosto de 1998
San Miguel de Tucumán
República Argentina**